

Arizmendiarieta, Apóstol de la Empresa Humanista

Juan Manuel Sinde, Presidente de la Fundación Arizmendiarieta y miembro del Foro DSI

22 ago 2026 - 08:16



El próximo 29 de noviembre se cumplen 50 años del fallecimiento de D. José María Arizmendiarieta y el próximo 14 de diciembre se cumplirán 11 años del nombramiento como Venerable por el Papa Francisco del impulsor del conocido movimiento cooperativo de Mondragón

El próximo 29 de noviembre se cumplen 50 años del fallecimiento de **D. José María Arizmendiarieta** y el próximo 14 de diciembre se cumplirán 11 años del nombramiento como Venerable por el Papa Francisco del impulsor del conocido movimiento cooperativo de Mondragón. Razón por la que hemos celebrado el que hemos denominado **Año de Arizmendiarieta. Año de la Empresa Humanista.**

Merece la pena recordar en primer lugar, que pocos días antes de morir recibió al entonces ministro de Trabajo, Álvaro Rengifo. La visita fue corta debido a la fatiga del enfermo, quién, como despedida le espetó: “Álvaro: mirar atrás es una ofensa a Dios. Hay que mirar siempre adelante”. Ya que esta frase revela una de las características del líder indiscutible del movimiento cooperativo del siglo XX.

Esta celebración es, por tanto, una oportunidad para impulsar la aplicación de sus valores a la cultura empresarial (y también social, ya que sus objetivos trascendían a la empresa buscando “Transformar la empresa para transformar la sociedad”).

A fin de tener en cuenta estas consideraciones queremos destacar como guía una de sus frases favoritas “*Siempre hay un paso más que dar*”, de tal manera que nos obligue a **que cualquier mirada al pasado (posiblemente inevitable) venga acompañada de una propuesta de acción para el futuro.**

Como referencias básicas, recordemos que Arizmendiarieta, criado en un caserío vizcaino y educado, por tanto, en las creencias y valores de la cultura tradicional vasca, fue un sacerdote que tuvo una formación que no difería de la que tuvieron los 400.000 sacerdotes católicos de la época (aunque pasado por el tamiz del lema del entonces Seminario de Vitoria: “Sólo sacerdote, en todo sacerdote, nada más que sacerdote”) .Su genio, sin embargo, estuvo en su fantástica capacidad de aplicar sus ideas a la realidad con una finalidad muy clara: ayudar a resolver los problemas de las personas y las familias de su época superando los posicionamientos ideológicos, habituales entonces. **“Las ideas separan, las necesidades unen”** repetía para subrayar la necesidad de concitar la colaboración de todos por encima de las lógicas discrepancias ideológicas. (A no olvidar hoy en día, tal como nos recordaba recientemente el Papa León XIV...)

Destacó por su elevado pragmatismo (“El ideal es hacer el bien que se puede, no el que se sueña”) lo que le llevó a focalizarse en la resolución de problemas de forma colaborativa, lo que se complementaba con su rechazo a la palabrería y su valoración de la acción y no del discurso: “Los hombres que pudieran hacer bellas formulaciones pero que no fueran capaces de rubricarlas con hechos no nos sirven”. **Reflexiones, sin duda, muy útiles también para los tiempos actuales...**

Y que le llevó a rechazar cualquier fórmula jurídica como definitiva, así como a ser extraordinariamente flexible en las soluciones, siempre inspiradas en una base de valores humanistas anclados en su fe cristiana.

Manteniendo siempre los pies en el suelo: “Estimamos suicida anteponer unos principios de orden humano a las realidades del momento y a las leyes económicas que gravitan sobre la empresa”, lo que no le impidió una notable ambición en los logros a conseguir y un rotundo rechazo de la autocomplacencia: “La satisfacción es una morfina peligrosa en los responsables de una empresa moderna”.

Todo lo cual nos interpela para **buscar nuevas alternativas empresariales que trasciendan a las actuales fórmulas jurídicas cooperativas:** “Los principios cooperativos tienen que proyectarse en

fórmulas prácticas viables y apropiadas a las circunstancias: quien las interpretara con otra rigidez sería un dogmático que haría muy mal servicio a la verdadera Cooperación”

Y siempre, en cualquier caso, con una rigurosa coherencia en su actuación con los principios morales, que resumía en una frase clarividente: “Actuar y no ganar, crear y no poseer, progresar y no dominar”, que nos debe servir para centrarnos en los nuevos retos que él nos propondría, inspirándonos en su carácter de Apóstol de la Empresa Humanista para afrontarlos.

José María Arizmendiarieta: La mística de la empresa

Las dificultades que encontró en la empresa tradicional para unir en armonía a patronos y trabajadores llevaron a José María Arizmendiarieta a buscar otro camino; así nació el modelo cooperativista vasco, estudiado en todo el mundo

Un reportaje de Jon Artabe

19-05-18 | 04:00



El 22 de abril de 1915 nació en el caserío Iturbe, del barrio Barinaga de Markina, José María Arizmendiarieta, inspirador de una de las experiencias cooperativas más importantes y más estudiadas del

mundo, la experiencia cooperativa de Mondragón. Él sería no solo el impulsor de la iniciativa, sino también el verdadero líder de ella en los años de su construcción y desarrollo, hasta su muerte en 1976.

Transcurridos 103 años desde su nacimiento, su recuerdo cada vez nos es más lejano y su figura cada vez se hace más incomprensible para las nuevas generaciones. Sobre todo, se olvida que su proyecto cooperativista no fue una mera propuesta empresarial, sino que implicaba el desarrollo de unos valores humanistas y religiosos, sin los cuales no sólo es muy difícil entender los inicios de la experiencia cooperativa Mondragón, sino que también puede que sea difícil entender su futuro.

José María Arizmendiarieta fue un fiel hijo de su época. Nacido en un ambiente rural, se crió en un hogar caracterizado por una fe cristiana muy intensa. Su vocación religiosa nacería muy joven. En 1927, con doce años, ingresó en el seminario menor de Gaztelu-Elexabeitia y en 1931 pasó al seminario diocesano de Gasteiz, lugar central en su vida, donde se inició su formación e interés respecto a las cuestiones sociales a través del catolicismo social de la época.

La cuestión religiosa fue su verdadera preocupación, sobre todo en lo referente al papel de esta respecto a la conflictividad social que caracterizaba a una sociedad fuertemente industrializada como la vasca. Era la época en la que la Iglesia católica intentaba acercarse al problema social surgido tras la revolución industrial, ante el avance de un socialismo cada vez más alejado de la religión. Este se había convertido en el principal instrumento de organización de los trabajadores ante las duras condiciones del proceso industrializador. Fue en 1881 cuando León XIII publicó la famosa encíclica *Rerum Novarum*, en la que el Papa trataba de dar una solución desde la Iglesia al problema de la conflictividad en las fábricas. Este fue el inicio de la Doctrina Social de la Iglesia, corpus teórico formado por las enseñanzas de los papas respecto a temas sociales.

Tras la *Rerum novarum*, en 1931 vino la encíclica *Quadragesimo anno de Pío XI*, la cual, siguiendo la estela de la *Rerum Novarum*, puso en duda la lucha de clases como solución del conflicto entre trabajadores y patronos y recalcó la necesidad de lograr una mejora de las condiciones laborales a través de la intervención de los gobiernos y a través de la colaboración entre trabajadores y patronos. En ambas encíclicas se criticaba tanto el socialismo, que sostenía la lucha de clases como solución a la conflictividad social, como el liberalismo, que sólo buscaba el logro de la riqueza individual sin tener en cuenta las consecuencias de esta sobre los trabajadores. Liberalismo frente a socialismo, esa era la dicotomía que trataba de salvar la enseñanza social de la Iglesia.

Pero no solo la Iglesia adoptó esta postura, también el nacionalismo vasco hizo suya esta visión a través de figuras eclesiásticas como los sacerdotes Policarpo Larrañaga, Alberto Onaindia o José Ariztimuno, Aitzol. Estos sacerdotes influyeron no sólo en el ámbito eclesial, también ejercieron su influencia en organizaciones como el PNV o ELA. Además, con el aumento de la tensión social tras la proclamación de la II República, esta nueva tercera vía sirvió al nacionalismo vasco como diferenciador frente a la izquierda socialista y a la derecha conservadora española.

Nuevas corrientes Arizmendiarieta vivió este ambiente durante su paso por el seminario de Gasteiz en 1931. Como explica Fernando Molina en su biografía, este seminario se había convertido en una institución capaz de formar a los nuevos sacerdotes en las corrientes pedagógicas más modernas y en el catolicismo social más adelantado. Con profesores como José Miguel Barandiaran, Rufino Aldabaldetrekú o Juan Thalamas, los seminaristas se abrieron a las nuevas corrientes del catolicismo social de Europa, sobre todo al personalismo francés, corriente filosófica que trataba de renovar el catolicismo y el pensamiento europeo, superando la dicotomía de la época entre individuo y estatismo, a través de la revalorización de la persona como categoría principal. Sin olvidar en lo espiritual al Movimiento Sacerdotal de Gasteiz, liderado por Rufino Aldabaldetrekú, y que implicará la revalorización del sacerdote diocesano como apóstol social.

Autores personalistas como Emmanuel Mounier y Jacques Maritain conformaron a las nuevas generaciones de sacerdotes e influyeron en el nacionalismo vasco a través de la lectura de la revista francesa *Esprit* y de la incorporación de posiciones personalistas a través de la sección *Esprit Nouveau Vasco* del periódico *Euzkadi* del PNV, redactada por la agrupación de universitarios del partido, Euzko Ikasle Batza a partir de 1934. Este nuevo lenguaje permitió al nacionalismo separarse del integrismo católico en lo religioso y adoptar un lenguaje político superador tanto del liberalismo como del socialismo.

Tras la guerra, Arizmendiarieta se alejó del nacionalismo y de la política, centrándose en su labor de apostolado social. El administrador apostólico Francisco Javier Lauzurica, nombrado después de la renuncia del titular Mateo Múgica, conociendo su gran interés y conocimiento de los temas sociales, lo destinó a Mondragón. En esta población industria, Unión Cerrajería de Mondragón, una de las mayores fábricas de la región, era foco de tensiones sociales y conflictos entre trabajadores y patronos. A su nuevo destino llegó en calidad de coadjutor de la parroquia de San Juan Bautista, desde donde comenzó su labor de reforma de la empresa.

Arizmendiarieta se puso manos a la obra de aplicar la Doctrina Social de la Iglesia en este ámbito, tratando de superar el tradicional hándicap de esta de pasar de la teoría al campo práctico. Su objetivo, por tanto, era encarnar la enseñanza social de la Iglesia en una empresa real, para lograr su reforma, uniendo a trabajadores y patronos en armonía. Al comprobar la imposibilidad de lograr sus objetivos en la empresa tradicional -la Unión Cerrajera se negó a repartir acciones entre los operarios-, Arizmendiarieta optó por otro camino.

Salida factible Es en ese momento en el que volvió la vista al cooperativismo, que ya había sido preconizado como salida por Mounier y los personalistas y, en Euskadi, entre los nacionalistas, siguiendo el camino de estos pensadores franceses, por los elementos más adelantados de la ELA anterior a la guerra civil, como Dario Ansel muestra en su obra sobre Solidaridad. Además, Arizmendiarieta, a través de la rama eibarresa de su familia, conocía la experiencia de los talleres Alfa, pionera en el cooperativismo industrial en España. Así que el cooperativismo se convirtió en la salida factible para lograr la reforma del mundo empresarial. Esta reforma implicaba lograr que el mundo del trabajo dejase de ser un foco de tensión y desunión y se convirtiese en un ámbito de solidaridad y cooperación. Aquí se encontraba el pecado original de la sociedad, en la empresa y en la confrontación entre trabajadores y patronos que se originaba en ella. En el cooperativismo el hombre se convertía en el verdadero centro de la economía, superándose el conflicto que desencadenaba el egoísmo y la falta de solidaridad, creándose un nuevo orden, y un nuevo hombre, el hombre cooperativo. Un nuevo hombre que lograrse llevar la solidaridad y la fraternidad a la empresa, a través de una estructura más democrática y solidaria.

Por tanto, Arizmendiarieta entendió su apuesta como un desafío no sólo económico o social, sino espiritual y ético. Como él mismo escribió, su propia falta de pan era un problema material, mientras que la del prójimo era un problema espiritual. Como afirma Joxe Azurmendi, esto implicaba para Arizmendiarieta que el pan significa la síntesis de todos los problemas humanos. El cooperativismo fundado por él no era por tanto un mero medio de creación de riqueza, sino que implicaba valores humanos y religiosos más elevados.

Pero, por lo mismo, el cooperativismo no es el final del camino. Como decía Arizmendiarieta, en un futuro puede que surja algún nuevo tipo de estructura que sea capaz de encarnar esos valores que buscaba de manera más fiel. Lo importante es la búsqueda de ese hombre cooperativo en la historia, el encarnar esos valores de solidaridad en una estructura empresarial. Unos valores que, si se olvidan, como se ha

visto estos años con el caso *Fagor*, pueden hacer que la experiencia cooperativa se desmorone.

Una mística y una ética, que no deben perderse para que la experiencia cooperativa Mondragón siga siendo una herramienta de transformación de la economía en un factor de desarrollo de la comunidad y el individuo. Ya que, como Arizmendiarieta mismo definió “el cooperativismo es un proceso orgánico de experiencia en el que se trata de que la actividad humana, la actividad socioeconómica, acepte la inspiración y la regulación de valores superiores humanos”